

EL DIBUJO PARLANTE

6

B

JOVEN MENDIGO

Érase una vez, en la antigua Sevilla, un joven mendigo. Su nombre era Jaime, un chico humilde que no tenía que comer. Lo único que poseía era una vieja casa en ruinas para refugiarse de la lluvia; y a su madre, que estaba enferma. Jaime solía robar comida de otras casas para poder llevarse algo a la boca. Normalmente vestía con ropas rotas y agujereadas, tenía el pelo oscuro y los ojos marrones. Pero basta ya de presentaciones, que hay una historia que contar.

Era una mañana fría de enero y Jaime se acababa de levantar. Nada más levantarse fue a ver como estaba su madre. Allí la encontró, dormida en un rincón con un sueño profundo. Cuando vio que estaba bien, fue a buscar algo para desayunar. En la calle se podían percibir muchos olores, pero Jaime se sintió especialmente atraído por un olor en particular a pan recién hecho. El olor salía de una casa en la que ya había robado antes, por lo que Jaime supo que no le sería fácil volver a engañar al dueño. Así que se puso a espiar por la ventana para ver cómo podía conseguirlo. Vio que los dueños estaban hablando de algo que les preocupaba mucho, según se apreciaba en sus caras, pero por desgracia él no podía enterarse, dado que la ventana estaba cerrada. Intentó escuchar lo que decían, pero como no podía se dio por vencido y se fue a intentar conseguir el pan. Llamó a la puerta, y el dueño le abrió. Era un hombre robusto y muy alto, tenía el pelo de color castaño y los ojos marrones. Vestía con harapos viejos, y aún así vestía mejor que Jaime. Llevaba un delantal marrón que le cubría las piernas, parecía un carpintero. El hombre miró a Jaime con una mirada severa, le parecía haberlo visto ya alguna vez.

-¿Quién eres y por qué estás aquí?- le preguntó.

-Por favor necesito ayuda, me estoy muriendo de hambre.-le respondió Jaime.

-¿Y por qué debería creerte?

-Créame o no, pero por lo menos ayúdeme a encontrar un sitio donde comer.

-Vale, mira, ¿ves ese sitio de allí?- el hombre se alejó de la puerta y se quedó señalando un sitio a lo lejos-Tienes que girar a la derecha en esa casa, y luego...

En ese momento Jaime aprovechó para entrar en la casa, coger el pan y salir corriendo. Cuando el hombre se dio cuenta empezó a perseguirle, pero era tan rápido que al final se acabó escapando.

Jaime llegó a su casa con el pan en una mano, y en la otra una botella de leche que se la había quitado a una mujer por el camino. Se encontró a su madre despierta y sentada en el medio de la habitación. Se había hecho muy tarde, ya era mediodía. Se sentó al lado de su madre y le dio la mitad del pan y un poco de leche. Los dos comieron y se durmieron. A Jaime le despertó un ruido, y vio a un pregonero que anunciaba que se había escapado un ladrón, y que tuvieran cuidado.

Ya era de noche, y como Jaime no tenía sueño, decidió ir a dar una vuelta. Cuando iba a salir, vio a un hombre vestido todo de negro, con un sombrero y zapatos como el resto de la ropa, negros. A Jaime le pareció que un hombre tan bien vestido debería tener buena comida, por lo que lo siguió. El hombre iba por caminos que Jaime nunca había visto, y por eso no sabía hacia dónde se dirigían.

El hombre al fin paró, pero Jaime no sabía dónde estaban. Se encontraban ante una torre muy alta, Jaime vio que en una pared había dos palabras grabadas: "*Giralda, Catedral*".

Las puertas del edificio estaban cerradas, pero el hombre sacó del bolsillo un palo de metal y forzó la entrada. Se abrieron con un chirrido, y al final encajaron con el suelo dejando una entrada por donde cabían perfectamente cuatro personas adultas. Jaime siguió al señor dentro del edificio. Estaba todo oscuro y no se veía ninguna luz, Jaime vio que el hombre encendía una lámpara

de aceite. Los dos avanzaron por el interior, el hombre parecía mirar un papel cada cierto tiempo. El muchacho no se podía creer lo que veía: un montón de capillas, cristos, vírgenes... Jaime cada vez estaba más asombrado por la belleza de aquel lugar. ``Volveré a venir, seguro`` se dijo.

Mientras Jaime pensaba para sí mismo, sin darse cuenta, habían subido por muchas rampas, y de repente se encontraban en lo alto de la Giralda. Tan ensimismado estaba que casi tropieza con el hombre, que se había parado. En ese momento no lo sabía, pero el hombre había llegado a su destino.

El señor sacó otra vez el palo de metal y golpeó el suelo una y otra vez hasta que se rompió. Después se puso a excavar hasta que encontró lo que buscaba. Del suelo sacó una botella que contenía un papel, tiró la botella al suelo y se rompió. Cogiendo la nota empezó a desenrollarla, y cuando al final se pudo leer empezó a reírse muy alto y a gritar: ``¡lo conseguí, un poco más y seré rico!``.

Tal susto se llevó Jaime que se cayó al suelo formando un gran estrépito. El hombre al darse cuenta intentó atraparlo, pero el niño era muy rápido y consiguió ponerle una zancadilla, coger la lámpara de aceite y escapar. Empezó a bajar lo más rápido que podía, y cuando se aseguró de que el hombre le había perdido de vista, se paró exhausto, y se sentó. Se dio cuenta de que había cogido algo en la mano al coger la lámpara de aceite. No se lo podía creer, ¡había cogido la nota que el hombre tenía!

La desdobló impaciente, y no pudo creer lo que veía, ¡era un mapa del tesoro! Jaime empezó a leerlo, y al parecer era un botín que otro ladrón le había robado al rey. Se lo habrían dado al ladrón en la cárcel o al menos era lo que Jaime creía, porque según él, el hombre tenía que ser un delincuente a la fuerza, si no qué podía ser. El mapa lo guiaba desde la catedral a un lugar, pero por desgracia no ponía el nombre. De repente Jaime oyó un grito, ¡y vio que el ladrón iba a por él!

Jaime corrió hacia la puerta, pero el ladrón le pisaba los talones. Al salir le tiró la lámpara a la cabeza, que le dio de lleno. Cerró la puerta corriendo, la encajó con el suelo y salió disparado. Decidió ir donde le indicara el mapa, para

que el ladrón no lo consiguiera. Fue siguiendo los pasos uno a uno, había veces que hasta tenía que retroceder porque se había equivocado. La gente al verlo le gritaba, pero él no podía parar.

En una de estas se tropezó con un guardia, y este al verlo enfureció, pues casi lo tira. Entonces le preguntó:

-¿Qué estás haciendo tú aquí a estas horas?

-Me persigue un ladrón. Por favor, ayúdeme.

-Sí claro, y dime, ¿dónde está tu madre?

-Pues verás, señor, no ha venido, pero por favor ayúdeme.

-Claro, claro, y dime, ¿qué haces por aquí?

-Se lo estoy intentando decir, un ladrón me está persiguiendo, y...

No le dio tiempo a terminar la frase cuando un montón de guardias le habían rodeado y se disponían a atraparlo. Cuando Jaime se dio cuenta, escapó por un hueco que quedaba debajo de las piernas de un guardia. Ahora tenía al ladrón y a los guardas persiguiéndole. Después de girar unas cuantas calles (siempre siguiendo el mapa), consiguió despistar a los guardias, ahora solo le faltaba el ladrón, que por desgracia no sabía dónde se encontraba.

Estaba a punto de llegar, ya casi podía verlo, era una torre al pie de un río que brillaba al darle la luz de la luna. Se llamaba Torre del Oro, estaba escrito en la pared. Llegó, lentamente fue levantando la vista del mapa hasta que consiguió verlo, era precioso. Las paredes relucían como el oro bañadas por la luz de la luna; cada detalle, cada figura, cada parte tallada en la roca... lo dejaba sin palabras. Parecía estar en un sueño, todo dorado, todo perfecto.

En ese momento apareció el ladrón, estaba furioso. Jaime al verlo se acobardó, pues la verdad es que imponía. El ladrón tiró a Jaime al suelo con un empujón, y le dijo: ``Después me ocuparé de ti``. Cogió una pala que había traído y empezó a excavar. Después de cavar un buen rato la pala chocó contra algo metálico, el ladrón lo sacó y resultó ser una caja de metal. La abrió, estaba llena de monedas de oro, joyas, metales preciosos...

Jaime al ver lo que había en el cofre pensó el gran daño que podría hacer con tales riquezas, así que se armó de valor y se enfrentó a él. El ladrón no cayó, al contrario, empujó a Jaime, que sí dio de bruces en el suelo. Tras sacar un cuchillo para enfrentarse al niño, se escucharon ruidos de pasos tras ellos. Por suerte para Jaime se trataba de los guardias. Los guardias capturaron al ladrón, y cuando se disponían a irse, Jaime les llamó para decirles que se dejaban el cofre. Los guardias, creyéndose que era una broma, le dijeron que se lo podía quedar. Y dicho esto llevaron a Jaime a su casa y se llevaron al ladrón.

Tiempo más tarde Jaime usó el dinero para comprar comida, ropa, una casa... Nunca volvieron a sufrir necesidades. Pero Jaime no lo gastó todo ahí, también lo usó para ayudar a mantener la Torre del Oro y la Giralda, que tanto le habían maravillado.

En aquella época conoció a un amigo al que llamaba Murillo, un día le contó la historia. Murillo, al oírla, quiso regalarle algo para que siempre lo recordara, y nunca olvidara su antigua vida. Este fue su regalo a Jaime.

